

EL PASTORCITO DE

Cuento de Navidad

Por Carlos Guillermo Domínguez

Desde lo alto del estante, el pastorcito de barro miraba con sus ojos negros y brillantes a los niños y mayores que iban de un lado a otro de la tienda realizando sus compras. Su vida, su sentir de figurita de barro, parecían estar condensados en esa mirada anhelante. Cuando alguien se acercaba a la estantería en que estaba, en unión de otras figuritas

figurita burda, corriente, que desentonaba entre las otras más finas de plástico o terracota. El único detalle que el desconocido artesano que lo fabricó puso en él, era el pandero que sostenía en su mano izquierda: un pandero que parecía de verdad por lo bien construido que estaba; pero este detalle no bastaba para que alguien se dedicase a comprarlo



para el Nacimiento, la negra pintura de sus ojos parecía adquirir un brillo mayor. ¿Y qué decir cuando alguien lo cogía para contemplarlo de cerca? Pero, hasta entonces, el final había sido siempre el mismo: el comprador volvía a dejarlo en su lugar y allí quedaba el pastorcillo temblando sobre la madera, vibrando, al parecer, por el pequeño golpe, pero, en realidad, de pena y desencanto. Hacía años que esta figura de barro del pastorcito estaba en aquel establecimiento. Era una

y lo llevase ante un Portal. Así, año tras año, el pastorcito volvía a ser guardado, entre virutas, en una caja de cartón, y allí, durante largos meses, improvisaba villancicos que luego pensaba cantar al Niño Dios la feliz Navidad en que alguien lo comprase.

Al fin, un día, un niño pequeño que, en unión de sus padres y hermanos, recorría el establecimiento haciendo compras, se paró ante el estante y, durante unos momentos, estuvo contemplando al pastorcillo, luego una sonrisa borró la curiosa serie-



BARRO



dad de su rostro a la vez que, alzando una mano, señalaba hacia la figurita diciendo:

- Papá, quiero ese pastor del pandero. Me gusta.

Se acercaron los padres y los demás hermanos quienes, también durante unos momentos, contemplaron la burda figurilla del pastor.

- Bueno - dijo al fin el padre -. No es muy bonita que digamos. Además ya tenemos muchas y quizá no quepan todas en nuestro Nacimiento.

- Sí cabe, papá - insistió el niño -. Me gustaría ponerlo ante el Pesebre tocando el pandero.

- Tienes otros pastores tocando flautas, zambombas y dulzainas, - trató de convencerlo la madre -. No creo que te haga falta un nuevo músico.

Estas palabras parecieron dejar zanjada la cuestión. La familia, menos el pequeñín, empezó a alejarse del estante donde estaba el pastorcillo quien, una vez más, sintió cómo sus esperanzas se esfumaban. Pero, entonces, el niño giró y cogiendo a su padre de la chaqueta tiró de ella obligándole a bajar la cabeza.

- Papá - le dijo en un tono curiosamente serio - ¿sabes en verdad por qué lo quiero?

- Ya lo has dicho: para ponerlo en el Pesebre tocando el pandero.

- No, papá, es que, ¿sabes?, me parece que esta muy solo.

La risa del padre hizo volver la vista a más de un cliente.

- Pero, chiquitín - dijo al fin ahogando la risa - ¿cómo va a estar solo si no caben más figuras en ese estante?

- Está solo, yo sé que está solo - insistió el niño -. Pero, ¿sabes?, está solo por dentro.

Estas palabras borraron por completo la risa del padre. Miró por unos momentos a su hijo y en sus ojos se reflejó una gran ternura, luego le puso una mano sobre la cabeza y revolviéndole el pelo le dijo:

- De acuerdo, nos llevaremos al

pastor, y, así, - trató de bromear, aunque su voz tenía un tono solemne - no volverá a sentirse solo por dentro.

¿Imagináis la alegría del pastorcito de barro? Por fin se cumplían sus sueños, aquellos sueños acariciados durante años de poder tocar su pandero ante el Niño. Se vió cogido por aquel señor al que, si bien había mirado un tanto amargamente al principio, ahora veía con toda simpatía. De sus manos pasó a las del niño y la felicidad del pastorcillo fue completa.

Después, todo sucedió rápidamente. Fueron a otras tiendas, compraron musgo, serrín teñido de verde, trozos de corcho y ramas de helecho. Al fin regresaron a su casa y los paquetes fueron abiertos entre risas, mientras todos daban su opinión sobre el lugar en donde debería colocarse ésta o aquella otra cosa. Mientras, el pastorcito miraba con sus negros ojos, muy abiertos, el bello Nacimiento que tenía ante él: grandes montañas de picachos cubiertos de harina, ríos de papel de plata que atravesaban las montañas y se hundían en grandes lagos de espejos y casitas, muchas casitas de rojos tejados, y también pastores y pastoras, zagales y zagalas, en los caminejos, en la era, junto al aprisco y al lado de la hoguera. Todo era maravilloso, mucho más que en el mejor de sus sueños tenidos en aquella caja donde había dormido entre virutas y pensando tanto en aquel día.

Más tarde, cuando el padre probó las luces, el pastorcillo no se fijó en que la hoguera, donde se reunía un grupo de pastores, se iluminaba en perfecta imitación de llamas y brasas, tampoco en las curiosas luces de las casitas del valle, ni siquiera en la brillante estrella que aparecía sobre el horizonte; sus ojos quedaron clavados en el Portal del que salía una luz brillante y suave a la vez, una luz que iluminó el

pesebre donde estaba el Niño, que reflejó la figura de la Virgen y le hizo ver a San José.

¿Fue que el pastorcito de barro se acercó mucho al borde de la mesa sobre la que estaba, para ver mejor? ¿O acaso que alguien dio, inadvertidamente un golpe a esta mesa? Esto no se sabrá nunca; pero el caso es que el pastorcillo se sintió caer de pronto, dio una vuelta en el aire y se estrelló contra el suelo. Se oyó un ruido, pero no de barro roto, sino como el de una nota musical cortada a la mitad. El pastor fue alzado inmediatamente y mirado por todos lados. No estaba roto, seguía entero; pero su pandero había sonado por primera y última vez y yacía en el suelo completamente destrozado.

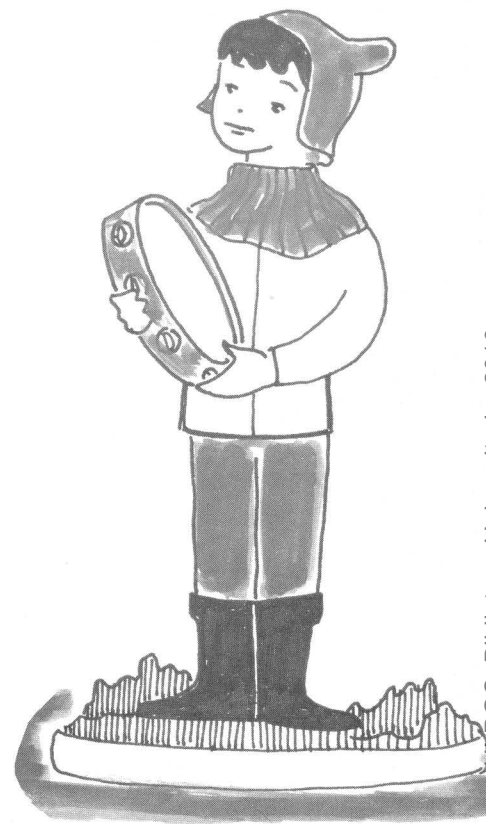
- Menos mal que no se ha roto - exclamó aliviado el padre -. Lo único ha sido el pandero. El pandero - pensó el pastorcillo -, su pandero querido con el que esperaba ganar una sonrisa del Niño Dios. ¿Qué importaba que él estuviese entero si se había destrozado aquello en lo que había puesto todas sus ilusiones? Ya no servía para nada, sus manos estaban vacías y no podrían arrancar alegres sonos de aquel pandero para hacer reír a Jesús. Y entonces sus ojos se llenaron

de lágrimas y las luces del Nacimiento se hicieron arco iris chiquitines para el pobre pastorcillo de barro.

El niño que lo había comprado lo besó con cariño y lo puso junto al río de papel de plata.

- Ahí estarás bien. No te preocupes si no tienes tu pandero; puedes hacer otras cosas. Anda alégrate que es Nochebuena, la noche de Paz y Amor entre todos. Allí quedó el pastorcillo junto al río; con sus manos vacías y el pecho lleno de una pena muy grande. Luego todo pasó como en un sueño: oyó canciones y risas mezcladas con el balido de las ovejas, desde el Portal le llegaron los sonos de panderos y zambombas. Cerró los ojos y con las manos se tapó los oídos. No quería ver nada, no quería oír nada tampoco. Así estuvo mucho rato, pero al fin, cansado, abrió los ojos y se quitó las manos de los oídos. Todo estaba en silencio, las luces de las hogueras se habían apagado, también las de las casitas; sólo del Portal venía un suave reflejo que agrandaba las sombras que le rodeaban. También habían cesado las voces y el sonido de panderos y zambombas, sólo el rumor del río de papel de plata sonaba en sus oídos. El pastorcillo de barro se sintió más solo y más amargado que nunca, hasta llegó a desear no haber sido comprado, no estar allí; por lo menos en el bazar tenía su pandero y sus ilusiones, en cambio, ahora, no tenía ni una cosa ni otra. De pronto sintió algo, por un momento pensó taparse los oídos, pero no lo hizo y prestó atención. Era un llanto el que llegaba hasta él, un llanto que venía del Portal. El pastorcillo se dio cuenta pronto de que quien lloraba era el Niño, pensó que si hubiera tenido su pandero podía haber tocado para Él, lo hubiera hecho reír con sus canciones y sus saltos. Pero su pandero estaba roto y no podía alegrar a Jesús.

Durante unos instantes estuvo retorciéndose las manos con desesperación, pero, de pronto, dejó de hacerlo y se las miró a la tenue luz que llegaba desde el Portal. Y entonces una claridad



infinita lo iluminó en su interior ¡sus manos! Ellas eran las que hacían sonar el pandero, y, a su vez, ellas eran movidas por su amor a Jesús. El pandero estaba roto, destrozado, pero él tenía lo que en verdad importaba: el Amor. Entonces ese amor le impulsó a tratar de calmar el llanto del Niño. Cogió un trozo de madera y, moviendo ágilmente las manos, fabricó un tosco recipiente que llenó de agua. Luego, alegremente, resonando en su pecho el pandero de su corazón, se acercó al Portal y tendió a la Virgen su presente.

- Es para tu Hijo - balbuceó -, quizá llora porque tiene sed. La Señora cogió el cuenco y dio de beber a Jesús. Después lo tendió al pastorcillo con una sonrisa.

- Sí, mi Hijo tenía sed, sed de amor, por eso ha dejado de llorar al beber el que tú le has traído. Al día siguiente, cuando la familia se reunió de nuevo junto al Nacimiento, todos se extrañaron de que el pastorcillo de barro tuviese en las manos un cuenco de madera lleno de agua y en la cara una sonrisa de felicidad.

